

Noticias de Mieres

De lo nuestro | Historias heterodoxas

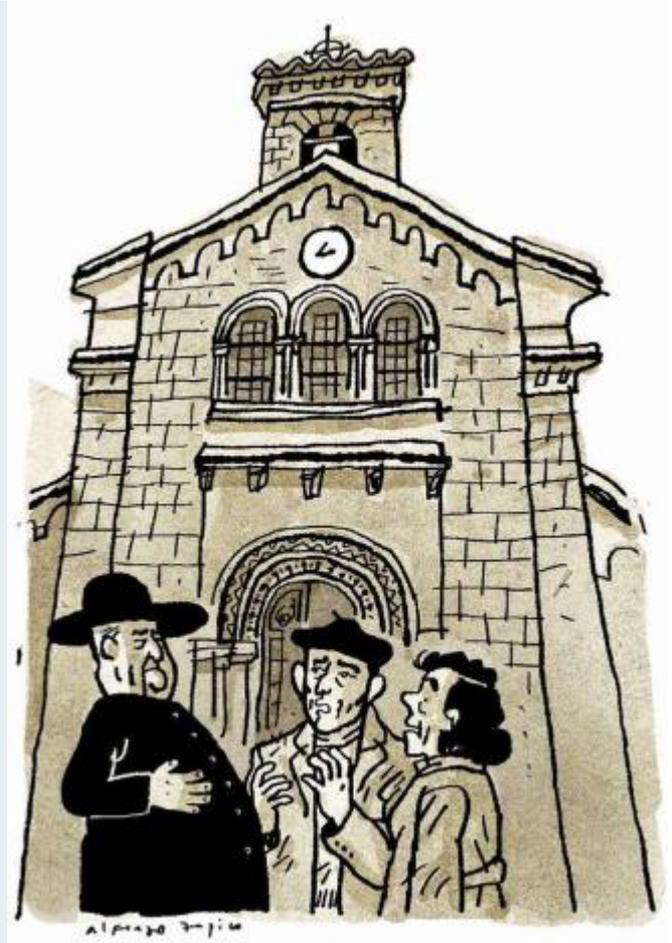
El peor momento para una aparición

Un grupo de mujeres dijo haber tenido una visión milagrosa en la iglesia de Ujo: era agosto de 1936, en pleno inicio de la Guerra Civil

Ernesto Burgos | 10.03.2020 | 02:38

Es conocido que en el curso de la última guerra civil el clero católico que permaneció en zona republicana fue perseguido y muchos religiosos fueron detenidos y ejecutados sin juicio previo; sin embargo en algunas zonas de Cataluña los sacerdotes fueron respetados y en Euskadi pudieron seguir libremente con su culto e incluso acompañaron como capellanes a los combatientes de sus territorios, como pudieron ver con sorpresa los vecinos de Mieres cuando los gudarís, que combatían codo con codo con los batallones republicanos, celebraron aquí una misa en pleno 1937.

En Asturias también hubo diferencias en el trato a los sacerdotes, dependiendo de la consideración que se hubiesen ganado entre sus parroquianos y de los sentimientos de sus captores, que se movieron en el amplio abanico que abarca desde el odio hasta la indulgencia. Así mientras unos fueron buscados y asesinados con ensañamiento en los primeros días de la contienda, a otros se les permitió disimular su condición con tal de que pasasen desapercibidos.



El peor momento para una aparición

El capellán Herminio Martínez estuvo en este último grupo. Era natural de Muñón Cimero y estimado por su carácter sencillo y próximo al pueblo, no en vano también había sido minero antes de entrar en el seminario; luego la Sociedad Hullera Española le encargó la dirección espiritual de los colegios de monjas y frailes a los que acudían los hijos de sus trabajadores en Ujo, dejándole residir en una **vivienda** próxima a la iglesia de Santa Eulalia.

En 1936, cuando empezaron a oírse las primeras noticias de un alzamiento militar en África, los párrocos de Turón, Urbiés y el mismo Ujo -entonces don Francisco Martínez-, temiéndose lo peor decidieron abandonar rápidamente la cuenca minera y refugiarse en otra parte, sin embargo don Herminio eligió permanecer entre los suyos porque no quería dejar solo a su hermano enfermo, de modo que se presentó vestido de sotana ante el Comité de la localidad y obtuvo autorización para seguir celebrando funerales, aunque tuvo que restringir las misas al ámbito privado y discreto de su domicilio.

Ya a finales de la década de 1970, poco antes de su muerte, mantuvo una conversación en su casa de La Caleyá de Pola de Lena por el Leovigildo Saiz, cronista in pectore de Ujo, en la que después de confirmarle estos hechos le narró la curiosa historia que hoy les traigo.

Ocurrió el día 18 de agosto de 1936, al cumplirse un mes desde el inicio de la guerra, cuando conoció la noticia de que en la noche anterior un grupo de mujeres jóvenes había sido testigo de una aparición milagrosa en el ventanal de la fachada principal de la parroquia. Como ustedes pueden suponer, aquella noticia resultaba de lo más inoportuno en medio de las circunstancias que se estaban viviendo y alarmó al sacerdote por las consecuencias que podía traer si llegaba a oídos de los milicianos.

Efectivamente, sus temores se confirmaron y cuando fue requerido ante el Comité para que diese explicación de lo que estaba pasando, declaró que él no tenía nada que ver con lo sucedido e intentó restar importancia al hecho manifestando que ni siquiera quienes lo habían visto se ponían de acuerdo en los detalles.

Se realizó después una visita al interior de la iglesia para cerciorarse de que allí no había nada extraño, pero para sorpresa de todos al día siguiente la parroquia se vio rodeada por una multitud que se había acercado con la intención de presenciar la aparición, lo que requirió la intervención de los milicianos que detuvieron a las jóvenes protagonistas y las bajaron hasta la cárcel de Mieres para someterlas a un interrogatorio. Luego, para cortar con aquello de raíz, aquella misma noche, a las doce en punto, los

miembros del Comité de Boo asaltaron el templo.

En la plaza de Ujo ardieron imágenes, confesionarios, libros y objetos litúrgicos, mientras los incendiarios recubiertos con las llamativas casullas de las ceremoniales celebraban su propia fiesta animados con el vino de la sacristía. Aquella noche se perdieron para siempre algunas piezas de valor histórico, aunque el capellán fue respetado e incluso se le permitió conservar los cálices del culto.

Por esta circunstancia, en la primavera de 1937 fue llamado como testigo ante una comisión de parlamentarios ingleses que llegó a Gijón para investigar la realidad de las matanzas de sacerdotes, suponiendo que su ejemplo iba a servir para certificar que los fusilamientos de religiosos no habían sido generalizados.

Esta propuesta puso al cura ante un dilema que expuso claramente cuando fue entrevistado para el libro "La persecución religiosa del clero en Asturias", del sacerdote avilesino Ángel Garralda: "Si voy y digo que sí hay persecución religiosa, soy desafecto al régimen rojo. Si digo que no hay tal, me lo tendrán en cuenta los militares cuando lleguen".

De modo que decidió tirar por la calle de en medio y en vez de subirse al tren que iba hacia Gijón tomó el rumbo opuesto para bajarse en Pola de Lena y coger una yegua de su familia en la aldea de Palacios iniciando una escapada que después de varias peripecias lo llevó por el paso de La Becerrera hasta Torrebarrio, ya en León, donde se incorporó al bando franquista.

Mientras tanto el párroco don Francisco Martínez tuvo peor suerte en su huida. Ya he dicho más arriba que se había apresurado a abandonar Ujo, seguramente ante el temor de que se repitiese la mala experiencia de la revolución de octubre de 1934, cuando fue detenido en la cárcel habilitada en el convento de Pasionistas de Mieres. Una vez en el tren del vasco, para su desgracia, ni él ni sus compañeros eran conocedores de que el coronel Aranda había sumado Oviedo al alzamiento militar y decidieron pasar de largo la ciudad y seguir hasta Soto de Luiña donde se refugiaron en la casa del coadjutor de la localidad gozando de una relativa libertad hasta que fueron informados de que se estaban multiplicando los ataques contra los católicos de las parroquias cercanas. Entonces tomaron la determinación de esconderse primero en un maizal y desde allí subieron hasta La Braña de Gallinero para esperar la llegada de las columnas gallegas.

Según el testimonio de José Manuel Álvarez Miranda, cura beneficiado de Oviedo, don Francisco era un hombre raro que no parecía medir el riesgo, ya que se decía que en los días que había pasado detenido en 1934 nunca dejó de rezar el Rosario a pesar de que sus carceleros insistieron reiteradamente para que no lo hiciese. También en esta ocasión quienes huían con él en el tren se habían visto comprometidos porque, rechazando sus consejos, llevaba en un envoltorio su breviario que en un registro podía identificarlos a todos como sacerdotes.

Ya en el monte siguió a su aire sin obedecer los acuerdos de los demás y cuando tomaron la decisión de pasarse a la zona nacional se negó a seguirlos y prefirió quedarse solo en aquella braña. Allí, al cabo de unos días vio acercarse a un destacamento armado y con mejor intención que vista salió a su encuentro confundidos con las tropas sublevadas e identificándose a voces como el cura de Ujo.

En realidad se trataba de un grupo de milicianos anarquistas y aunque no está claro si lo mataron allí mismo, como dijeron después sus compañeros, o si estuvo detenido hasta el mes de septiembre, según consta en la Causa General, lo cierto es que don Francisco perdió la vida en aquel episodio.

En la posguerra todos los religiosos muertos en la contienda fueron considerados mártires y se trabajó reconstruyendo sus biografías. Cuando en 1941 se recogió el testimonio del arcipreste de Lena y párroco de Santa Cruz Jesús Muñiz Prada Prieto sobre el caso de don Francisco, recordó que este había recorrido las principales villas de Asturias, recogiendo limosnas para ayudar al derribo y la reforma de la antigua iglesia románica de Ujo para construir en su lugar un templo mayor. A la vez lo definió como un hombre ahorrativo, que dejó por escrito su intención de que a su muerte el dinero que hubiese podido juntar se destinase a la "propagación de la fe entre infieles".

Por su parte Herminio Martínez volvió a Ujo y atendió su iglesia hasta que fue nombrado para atender la parroquia don Segundo Sierra; después él fue destinado a regir la de Carabanzo, donde ya estuvo hasta su retiro. Una curiosa historia que aún plantea varias incógnitas, sobre todo porque nos consta que algunas de aquellas jóvenes que afirmaron haber visto la misteriosa aparición en la cristalera de la iglesia, mantuvieron su versión hasta el final de sus días.